

NUESTRAS ENTREVISTAS

En la pila bautismal le pusieron el dulce nombre de Angélica; en su casa, dulcificaron más este nombre, haciéndolo Angeling; fué a Milán para cantar ópera y su empresario teatral, para fines de taquilla, lo japonizó en Ling-Nat; se casó en París en octubre último y al volver a Manila en viaje de luna de miel, hasta el nombre de ella sabía a mieles en los labios de su *carissimo*, y sonaba a campanilla alegre y cascabelera, cuando éste le llamaba—acabaditos de desembarcar ambos del vapor "Fulda", la semana pasada en el *Pier 7*:

¡Lejos de dar la impresión de haber *macarrozado* a su mujer, me causa la grata sensación de haber sido *sotanjunizado* por ella!

El Dr. Valentín Guidote, padre de "Munding" Guidote, otra Milanese temporera, y que conoce al simpático *signore* desde Italia, de cuando acompañó allá a su hija, me confirma en la opinión que tuve de él a primera vista:

Se casaron en París civilmente, ante el consul americano, para no perder ella su ciudadanía filipina. El novio es de familia noble de Venecia, y un héroe de la guerra mundial. Su



Da. Angelica Natividad de Valdisseri, con su esposo el Sr. Gaetano Valdisseri.

—Liling, Li-ling, dame las *cha-ves*...

Y la llamada con tan sonoro nombre y en el canoro acento italiano le entregaba a su dulce esposo las llaves que habían de abrir los mil y un maletines y maletas que traían de equipaje, sin contar con la que ya le había entregado mucho antes, la *cha-ve* de su corazón...

De esta manera conocí al dueño y poseedor de las llaves de Angélica Natividad, la *donna e mobile*, que salió filipina, fué por un tiempo japonesa y volvió «italiana» a sus patrios lares.

El esposo, sin embargo, que lleva él mismo un nombre *cantabile*, Gaetano Valdisseri, es un italiano «la mar» de simpático. Apretón de manos cálido, palabra insinuante, cabello planchado, porte gentil, aire modesto, además cortés...

padre es un conde, a quien por sus ideas antifascistas, despojó Mussolini de título y bienes. El tampoco es ningún vago. Es ingeniero de profesión. Durante la conflagración europea, se hizo aviador. En el aire erizado de balas enemigas, sí que vagó mucho. Recibió dos o tres balazos en acción y otras tantas citaciones y medallas. Pero sus mejores condecoraciones son las cicatrices imborrables que lleva en la barbilla y en el occipucio...

Con semejante presentación, excuso decir que mis simpatías e interés por él fueron en aumento. Apenas le vi un momento libre del obligado trajín del desembarco—buscar los equipajes, entregarlos a la oficiosidad inquisitiva de los inspectores aduaneros, reunirlos y llevarlos a casa,

después de pagar la tarifa consiguiente, etc.—le abordé y le sometí a mi vez a una rápida «inspección» reporteril:

—¿Estuvo usted en la guerra?

—Sí, *signor*, cuatro *annos*...

—¿Cómo la hizo usted?

—*Como ufficiale aviatore*.

—¿Y no le ha ocurrido nada en ella?

—Sí, *dua bala perditta*...—y con la mayor naturalidad me descubre una cicatriz larga, como de un navajazo, debajo de la barbilla, y otra en la parte posterior de la cabeza, mal disimulada por el lustroso pelo.

—¿No le valieron nada sus heridas? ¿Ni cruces, siquiera?

—Me dieron unas cuantas. Pero no tengo *ambicione portare medalyas*. *Mis meliores ricordi di guerra los tyevo dentro dil core*, no fuera...

—Y ¿cómo fué que entregó su *core* a una filipina, y no a una italiana, a una extranjera entre cien mil *paisans*?

—*Il destino manda, amico*.

—¿No fué el amor?

—*Il amore también*.

—¿Piensan quedarse aquí para siempre?

—*Dopo tre annos visitare, cantare Manila, ritornare Milano*...

En esto, la *signora* Valdisseri se unió al grupo, después de dar órdenes en tagalo a los cargadores, y tuve oportunidad de formularle otro cuestionario de sabor aduanero:

—¿Con que no se ha olvidado usted del tagalo, por el italiano?

—De ningún modo. ¿Acaso ha dejado de ser filipina?

—Por lo menos así lo creíamos, dado su nuevo estado civil.

—Pues no, señor. Me casé en París, precisamente para no perder mi ciudadanía filipina. Y el hecho mismo de haber regresado aquí, inmediatamente después de mi casamiento, le demuestra a usted que antes que mi arte, mi país...

—Y antes que el país, ¿el amor, verdad?

No contestó la interpelada al ex abrupto; pero rió en sus labios una confesión de culpabilidad, sonrisa de asentimiento que mi imaginación interpretó de esta forma:

—El amor patrio tiene límites, los límites de la frontera. En cambio, el otro, el amor de los amores... ¿quién puede limitar los vuelos del corazón?

—¿En qué ciudades cantó usted, durante su estancia en Italia?

—Debuté en el Real Teatro de San Carlos, de Nápoles, en enero de este año. Luego canté en Génova, Udine, Cividale, Venecia, Turina, Sandonna, Piave...

—Aquí recibimos la noticia de que, después de su debut en Nápoles, usted quedé contratada, con una compañía de ópera, a la Argentina, ¿verdad?

—Hubo negociaciones en ese sentido; pero a última hora, tuve que desistir del viaje, por una súbita indisposición mía.

—¿No fué porque entonces ya se hablaba de un cariño que le impedía salir de Europa?

—No comprendo.

—También se supo aquí que estaba usted en relaciones, si no a punto de casarse, con un filipino que hasta ahora está allí.

—No me pregunte usted sobre cosas del pasado...—y Angelina sonrió con la más femenina y nostálgica de sus sonrisas.

Libre del sombrero rosa transparente que armonizaba perfectamente con la rosa de su vestido de chiffon rameado y la rosa de sus mejillas encendidas por el sol de Italia, su melena corta y trigüeña, tupida y revuelta, a lo Clara Bow, flotaba airosa y grácil sobre su nuca de mármora morbidez.

—Entonces hablemos del futuro. ¿Qué planes tiene usted ahora?

—Al regresar al país, lo hice primordialmente por motivos sentimentales, para visitar a mis padres. Pero aquí tampoco puedo estar ociosa. Quizá me dedique a la enseñanza del canto. Quizá dé uno o dos conciertos aquí y allá. Pero mi verdadero plan, mi mayor ambición es formar una compañía de ópera local, con elementos todos del país, y volver a Europa al frente de dicha compañía, para hacer propaganda por el mundo del talento artístico y la capacidad musical de los filipinos...

Formando rudo contraste con el recibimiento popular y hasta semi oficial que tuvo hace poco Jovita Fuentes, en el mismo muelle, sólo la madre y hermanos, parientes cercanos y amigos íntimos, amén de un enjambre de reporteros y fotógrafos que se echan encima de los pasajeros de alguna importancia, a la llegada de cualquier palacio flotante, dieron la bienvenida al *signor* y a la *signora* Valdisseri.

La recepción, sin embargo, por lo mismo que era de carácter familiar, fué cordialísima!

Antes de despedirme, me presentaron a la madre de la recién venida. No muy vieja aún, pero pálida y enjuta, más parecía la estatua del dolor, que la imagen de la alegría, en medio de aquel tráfago del muelle aquella hora.

Acaso la emoción del doble encuentro con su hija y su gallardo yerno del país de Mussolini fuera demasiado fuerte para ella...! ¿O fué que al hallarla casada con un extranjero, juzgó con la admirable intuición materna, que aquello era un encuentro y despedida a la vez?

JUANITO.